

### Rut: estar más cerca

El destino de esta preciosa figura femenina, protagonista de una de las narraciones didácticas más bellas del Antiguo Testamento, está también atravesado por el símbolo del desplazamiento: cuando Noemí, su suegra, después de perder a su marido y a sus dos hijos en tierras de Moab, decide volver a Belén, su pueblo de origen, Rut, en contra de toda lógica y de toda previsión, toma una decisión arriesgada e insensata: quedarse cerca de su suegra, acompañarla en su futuro incierto, adherirse a ella para lo bueno y para lo malo, permanecer a su lado en cualquier circunstancia.

*"No insistas en que te abandone y me separe de ti, porque donde tú vayas, yo iré; donde habites, habitaré. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios. Donde tú mueras, moriré, y allí seré enterrada. Sólo la muerte nos separará".*

(Rut 1,16-18)

El relato comienza introduciendo motivos de muerte: hambre, miseria, emigración forzada, muerte, esterilidad, carencia de tierra... El final es esplendoroso: la bendición del Señor se hace presente, otorgando fecundidad, abundancia y alegría a un matrimonio feliz. Una extranjera se injerta en el tronco de Israel, y de su descendencia nacerá David. Su nombre ha atravesado las barreras del tiempo y ha conseguido aparecer en la genealogía de Jesús según Mateo.

La presencia de Dios en la narración es discreta y silenciosa: no sucede nada milagroso ni extraordinario ni llamativo. El escenario es el de los trabajadores del campo, el ritmo de las estaciones, la sencilla cotidianidad.

YHWH aparece como un Dios cercano que actúa en la esfera humana a modo de una corriente subterránea que la fecunda. No aparece en la superficie, pero está presente y activo a niveles profundos. Se trata de una presencia no reservada al ámbito de lo sacro, sino que irriga toda la existencia humana silenciosamente, infundiendo valor, impulsando hacia la lealtad y la generosidad. Es una presencia que camina con los hombres y mujeres en la cotidianidad.

### **POR LOS CAMINOS DE LA COTIDIANEIDAD**

Éste es un desafío que hoy está llamando a las puertas de la VR: cómo pensar la vida cotidiana como lugar de la presencia del Señor, como lugar y espacio para vivir radicalmente el Evangelio. Pero hay unos cuantos factores que amenazan ese entroque y con los que tendríamos que establecer una RUPTURA para acceder a esa VINCULACION a la vida cotidiana como lugar normal de insertar la vida religiosa.

- Uno de esos elementos con los que necesitamos romper sería nuestra concepción secreta de la vida religiosa como "estado de excepción". Durante demasiado tiempo nos hemos creído auto eximidos (¿será por aquello de que la vida religiosa está "exenta"...?) de pasar por aquellas situaciones de normalidad que vive la inmensa mayoría de la gente: conseguir un trabajo, disponer de una vivienda, estirar un sueldo para llegar a fin de mes, asegurar la enfermedad y la vejez... Damos por supuesto que, si estamos liberados de todas esas preocupaciones, es para que nada nos distraiga de nuestra entrega al Reino; pero, en bastantes casos, ¿no es mucho suponer? ¿No tenemos que reconocer que hemos hecho de esas "coberturas" una confortable instalación que nos mantiene a salvo de muchos problemas, pero que no se traduce en el pretendido espacio de libertad que haría de nosotros servidores

incondicionales del Evangelio? ¿No tendríamos que preguntarnos cómo vivir el seguimiento de Jesús sin estar al margen de todo eso que le ocurre a la gente cotidianamente?

- Podemos vivir convencidos de que estamos llamados a la exquisitez del cristianismo -algo así como el *filiré*<sup>1</sup> de la espiritualidad- y nos habituamos a un vocabulario de uso interno lleno de palabras rotundas que nombran realidad importantísimas, pero que necesitarían estar avaladas por el comprobante de que las vamos traduciendo modestamente en los valores elementales de la gente: no escapar de los aspectos conflictivos de la vida; mantenerse en la palabra dada; aguantar en los momentos duros; estar ahí cuando los amigos pasan un mala racha; adaptarse a los ritmos que impone el tener a una persona mayor viviendo en casa; soportar sin hacerse la víctima las inclemencias de pertenecer, simplemente, al colectivo humano que aguanta pacientemente el turno del ambulatorio, la llegada del autobús, la cola del mercado, el sofión en la ventanilla de cualquier trámite, o la noche sentados en una silla mientras se vela a un enfermo.
- Podemos vivir encantados diciendo que nuestro voto de pobreza consiste en un "radical vaciamiento ante el misterio insondable del Ser", y poner luego el grito en el cielo si en la comunidad se llega al acuerdo de que hay que bajar la cuenta del teléfono. Y nuestra castidad y obediencia serán, sin duda, "desposeimiento gozoso que expresa nuestra fascinación por el Absoluto", pero a veces, de puro fascinados y desposeídos, ni siquiera nos enteramos de lo que les pasa a los de nuestro alrededor, o les hacemos insufrible el trabajar o el convivir con nosotros.
- Otro factor que nos aleja de la cotidianeidad es fruto de nuestra pertenencia a una generación que ha sido iniciada ala VR a partir de una cierta "lógica de héroe" con unos valores de generosidad, de sacrificio y de deseo de grandes empresas por el Reino que el post concilio nos hizo vivir con entusiasmo. Pero el presente que ahora vivimos no parece tener casi nada que ver con los valores para los que nos formaron ni con las experiencias que emprendimos. Las palabras fuertes de antes ya no resuenan, los proyectos históricos están en crisis, y no sabemos desenvolvernos en el ámbito modesto y gris del cada día.

¿No experimentamos en estos momentos una llamada a redescubrir el SER, a reconciliarnos con la oscuridad del "cada día", a no intentar ser superhombres o supermujeres, sino personas cercanas y fraternas, dispuestas a reconocer sus limitaciones y sus pobreza, capaces de pedir ayuda y de dejarse completar y confrontar?

- Nos pierde a veces también lo que podríamos llamar una "celulitis laboral"; nos sentimos mesiánicamente responsables de lo que consideramos "trabajos transformadores", pero a veces los llevamos a cabo de manera que nos deshumanizan y pierden su objetivo, que era el de conseguir un mundo más humano y más vivible. Nos acecha el peligro de que nuestra vida esté regida por nuestros quehacer, y tenemos una tendencia malsana a identificarnos con lo que hacemos (¿no habrá algo de esto en la manera en que a veces nos presentamos: "Me llamo... y TRABAJO EN..."?)

¿No estaremos necesitando un cambio profundo en nuestros ritmos de vida para llegar a poner a personas por encima de los proyectos, para volver a las relaciones esenciales y

---

<sup>1</sup> Labor delicadísima, consistente, como su mismo nombre lo indica, en tirar de algunos hilos del tejido de manera que queden cuadraditos formando un dibujo, y bordar encima. Principiantes, abstenerse.

para que, poco a poco, los trabajos se redimensionen y sean expresión de la vida humana, de sus ritmos, necesidades y urgencias?

Nos haría falta un noviciado que nos iniciara en el aprendizaje de la "compañía solidaria" de la gente, que nos enseñara a relacionarnos sencillamente con los otros sin el tinte iluminista y de inconfesada superioridad de gases anteriores. Necesitamos corregir la idea, aún arraigada en algunos, de que la vida religiosa puede perder su carisma si se mezcla demasiado con grupos o personas que tienen alternativas de vida diferentes. En el fondo, lo único que haríamos con ello sería insertarnos en la tradición bíblica de un pueblo que, desde el exilio, aprendió a dialogar con los no judíos como condición necesaria para que su fe se universalizara.

Una gracia del momento presente es que estamos siendo atraídos progresivamente a vivir la vida como una reciprocidad sagrada de dones, a no considerarnos los bienhechores que dan generosamente a los que no saben o no pueden o no tienen, sino a entrar en unas relaciones mutuas en las que vayamos sabiendo en qué consiste aquello que decía San Agustín: "Con vosotros soy cristiano".

Es totalmente distinto entrar en contacto con un grupo humano para ayudarlo a crecer y a que aprenda o acoja el Evangelio desde nuestras pautas, que convivir con él escuchando y participando desde la propia diferencia. En el primer caso, el religioso/a controla las reglas del juego, es el experto, el paradigma y, aunque esté en la periferia, sigue viviendo en su mundo, juzga y propone desde sus propios parámetros.

Nos cuesta salir del propio ámbito, aceptar otras reglas y que sean otros quienes tengan el control; pero, en realidad, sólo entonces nos hacemos capaces (en palabras de P. Casaldáliga) de "acoger el Evangelio que nos viene al encuentro, no hacerle sombra ni con nuestra cultura ni con nuestro protagonismo ni con nuestro miedo".

Y supone también una llamada a re-crear y re-fundar nuestra vida comunitaria, porque podemos llegar a manifestar cercanía y compasión hacia los pequeños de fuera y tener endurecidas las entrañas hacia los de dentro. La vida comunitaria es más que una "ventaja" para la vida apostólica, y tenemos mucho que crecer por ahí. Podríamos decir en clave de humor que, si Rut y Noemí, a pesar de ser suegra y nuera, fueron capaces de entenderse tan bien, la con-vocación y la con-vivencia comunitarias son posibles.